

DANIEL PORTILLO



ÍGOR

UN RELATO DE ÉQUIDIS



ÍNDICE

[PRESENTACIÓN](#)

[ÍGOR](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

ÍGOR

Un relato precuela de *Équidis*



© [Daniel Portillo](#) , 2022

Corrección: [Beatriz Macías Burgueño](#)

Maquetación: [Daniel Portillo](#)

Diseño de cubierta: [Betibup33 Design Studio](#)

Ígor es un relato corto que funciona como precuela de la novela [Équidis](#). Te recomiendo leer antes la novela y luego este relato, pero también puedes hacerlo al revés, y por último releer *Ígor* para que algunos detalles cobren significado.

**Madrid sumida en una nueva ola de calor.
Un joven violinista con una carrera prometedora.
Un pasado traumático que espera respuestas.
Una organización secreta: Équidis.**



ÍGOR

(Un relato precuela de *Équidis*)

© Daniel Portillo

«El único medio de conservar el hombre su libertad es estar siempre dispuesto a morir por ella». Edgar Allan Poe

6 de abril de 1999

Vasiliev caminó hasta la doble puerta que le separaba del salón donde sus compañeros del consejo de *Équidis* le esperaban y se detuvo por un instante, como si quisiera parar el tiempo y sentir que dominaba la situación. Respiró lento y profundo, comprobó que el botón del cuello de la camisa estaba sin abrochar y lo dejó así. Recordó que era ese un salón que solían utilizar de forma más ligera y distendida, para tratar temas de un perfil bajo, o incluso para confraternizar entre ellos o con otros miembros de la organización.

Una hora antes, Vasiliev había aterrizado en el aeropuerto en un avión privado, y dos agentes le habían recibido para comunicarle que el consejo le esperaba reunido. El anuncio le había sentado como una patada en la boca del estómago. Le parecía mucha casualidad que el consejo decidiera reunirse justo a su vuelta de aquella misión en Siberia. ¿O acaso sería una coincidencia y habría algún tema urgente que tratar? Vasiliev intuía que no. Lo más probable era que su actuación en Siberia fuera el asunto objeto de estudio. Lo cierto era que, aunque había cumplido con la misión, su intervención en la ciudad de Yakutsk no había sido ni mucho menos impecable. Eran los inconvenientes de dejar siempre el listón muy alto. El consejo querría conocer de primera mano todo lo sucedido. Siempre era así. Al consejo no le interesaban las circunstancias del éxito, pero siempre rebuscaba entre los fracasos, como los antiguos buscadores de oro bateaban la arena en los ríos con la esperanza de encontrar alguna valiosa pepita.

Durante el trayecto en coche, Vasiliev había repasado fotograma a fotograma todo lo acontecido dos días antes en Siberia, y se había convencido a sí mismo de que no había nada por lo que preocuparse. La misión no había sido un completo éxito pero, por otro lado, la había sacado adelante, y nadie encontraría nada que reprocharle.

Un agente le saludó, abrió la doble puerta y la volvió a cerrar a su paso.

—¡Vasiliev! Ya estás aquí —dijo Jorge Campos. Los seis miembros del consejo le dedicaron toda su atención. Estaban dispuestos de manera informal rodeando la chimenea, que estaba encendida. Algunos permanecían de pie, sujetando su copa, otros descansaban sentados en los diferentes sillones y sofás. Vasiliev les saludó y analizó sus expresiones para corroborar lo tranquilo del encuentro.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Malika.

—Eso, ¿cómo fue el reencuentro? —añadió enseguida Jorge Campos, como si quisiera acaparar la conversación.— ¿Cuánto hacía que no volvías a tu tierra? ¿Treinta... cuarenta años? — Vasiliev percibió una actitud demasiado amigable en él, un tanto forzada, y eso más que tranquilizarlo, lo confundió.

—En cierta manera me ha venido bien este asunto para volver a mis orígenes. No sé por qué he esperado tanto tiempo —confesó Vasiliev. Todos pensaron en aquella tierra inhóspita. No era difícil entender su desarraigo.

—¿Mucha nostalgia? —le preguntó Malika, cariñosa—. Ahí hay *croissants* de los de

Maxim's—. Vasiliev los miró con indiferencia y se sirvió un vaso de *whisky* con un gran cubito de hielo, mientras sonreía y pensaba qué contestar, pero Jorge Campos se adelantó.

—Ya sabemos que te desviaste hasta el lago —le reprochó. Vasiliev detectó un tono de voz algo excitado y algo agresivo, casi ansioso; bajó la mirada por un momento, y aprovechó para beber un trago de *whisky*. —Bueno, ya sabes que aquí lo terminamos averiguando todo —insistió Jorge Campos. El *whisky* atravesó la garganta de Vasiliev como una bocanada de fuego y el corazón le dio un vuelco tan intenso como breve.

—Por supuesto —contestó él, transformando sus emociones en una amable sonrisa.

—Quedamos que reclutarías al chico antes que el servicio secreto ruso, y que en el caso de no conseguirlo, lo eliminarías —Vasiliev asintió sin exteriorizar su resquemor.

—Sí, y así fue. Pasamos toda la semana siguiendo al chico. Los informes eran muy precisos y pude comprobar *in situ* cómo aquellos exagentes del KGB le hostigaban. Seguí a Sasha por toda la ciudad. Quería conocerlo mejor, más allá de los informes. Pero pronto comprendí que el chico, bajo todo ese hermetismo, cargaba con una mezcla explosiva en su interior: demasiada furia contenida y, al mismo tiempo, una profunda indiferencia hacia todo; incluso ante las cosas que para todo el mundo son importantes en la vida. —Vasiliev hizo una breve pausa, negó con la cabeza y siguió explicándose. —Sasha irradiaba decepción; una decepción auténtica, que por experiencia sé que suele ser fatal—. Todos los miembros del consejo ya se habían olvidado de sus copas y escuchaban a Vasiliev intrigados.

—¿Y cómo llegaste a esa conclusión? —preguntó Jorge Campos.

—No podría explicarlo. Como sabéis, se me dan bien las personas. La intuición no suele fallarme —. Todos asintieron, interesados en la explicación que podía ofrecerles Vasiliev. —Son los detalles, los pequeños gestos, los comportamientos casi imperceptibles, los que a menudo dejan entrever el mundo interior de las personas. Las claves están siempre a la vista, para quien las sabe descifrar. Ese chico tenía la palabra autodestrucción tatuada en lo más profundo de su ser—. Se escucharon algunos carraspeos y respiraciones fuertes. —Aun así, no me di por vencido y seguí con la misión, conservando la esperanza, hasta el día del torneo, cuando se precipitaron los acontecimientos.

—Cuéntanos todo lo que sucedió, amigo, para que podamos cerrar este asunto como se merece —le pidió Jorge Campos. Los demás no hablaron. Solo asintieron, esperando que Vasiliev continuara relatando los hechos.

—Todo ocurrió muy deprisa —Vasiliev perdió su mirada en el fondo de su vaso.

Siberia, dos días antes.

Vasiliev observó complacido cómo todo un campeón de ajedrez como Garri Kaspárov negaba con la cabeza, contrariado, sin poder creer lo que le estaba ocurriendo. Frente a él, Sasha, que más que un joven prodigio del ajedrez parecía un macarra, le ofreció la mano. Kaspárov no daba crédito. Un mocoso de diecisiete años estaba firmando tablas con él, y además en territorio ruso. Y no se trataba de partidas simultáneas, sino de un torneo importante. Sasha se había colado por sorpresa en la final, contra todo pronóstico. Aquella era la primera competición en la que participaba, y ni siquiera sabía muy bien por qué estaba allí. Para él, el ajedrez no suponía más que una distracción para evadirse de su compleja realidad.

—Este chico es oro puro —dijo Vasiliev al hombre que tenía al lado, un veterano exagente del KGB. —Tiene mucho futuro, ya lo creo. ¿Lo conocía usted?

—No. No le había visto antes. Habrá tenido suerte —contestó él de mala gana, con los brazos

cruzados, y sin mirarle. Vasiliev analizó los detalles de su mentira: cada inflexión y cada cambio de ritmo de su voz, su lenguaje corporal, los movimientos de sus ojos... Le encantaba calibrar a las personas, y más aún a aquellas a las que con toda probabilidad acabaría arrebatando la vida. Otro agente del servicio secreto ruso observaba en frente, al otro lado de la mesa de juego. Llevaban acosando al chico varios días con el objetivo de reclutarlo, pero Sasha se mostraba inexpugnable. No habían encontrado su punto débil, y empezaban a resignarse a que el chico tal vez no lo tuviera, y a que la única forma posible de hacerse con su talento sería llevárselo a Moscú por la fuerza.

Vasiliev analizó a Sasha todo el tiempo, mientras recibía las felicitaciones de rigor, recogía el cheque del premio y posaba para las pertinentes fotos. Sasha permaneció serio, impertérrito, con la mirada perdida más allá del infinito. ¿Cómo podía mostrarse tan ajeno a aquella situación, tan ausente? Acababa de hacer tablas con una leyenda viva del ajedrez, en el torneo más importante de Siberia, pero el chico se mostraba totalmente indiferente.

Vasiliev también pensó en su posible punto débil: necesitaba descubrirlo si quería reclutarlo. Si no, fracasaría, y tendría que matarlo.

Sasha abandonó el teatro en cuanto pudo. Aún había sol, pero a esa hora la ciudad ya no era más que un desierto de hielo. Los dos agentes rusos le seguían de cerca, caminando a paso rápido. Vasiliev avanzaba más despacio, apoyándose sobre su bastón, arrastrándose por el suelo helado con dificultad. No quería malograr la interpretación que había construido durante esos días. Tres calles más adelante, Natasha se detuvo en la esquina y le hizo una seña. Vasiliev entendió que los agentes rusos habían llevado al chico a algún lugar más apartado: algún callejón protegido de miradas indeseadas. Vasiliev devolvió el gesto a su agente y comprobó cómo Liu, su otro agente, esperaba cerca subido en un coche detenido con el motor en marcha.

Vasiliev, que tenía todo el plano de la ciudad en su mente, avanzó por el callejón hasta ver a lo lejos a Sasha. Al notar que alguien se acercaba, los exagentes del KGB pararon de golpear al chico.

—Sasha, ¿eres tú? No me has firmado un autógrafo —dijo, levantando una cuartilla de papel con una mano y apoyándose sobre su bastón con la otra. Sasha no contestó. Apenas podía respirar, y aprovechaba para recuperar el aliento.

—Márchese, señor. ¿No ve que estamos ocupados? —Vasiliev siguió caminando despacio hacia ellos.

—Solo quiero que me lo firme. Será un momento.

—Es usted un viejo estúpido —le contestó el agente ruso en un tono malicioso, y decidió que haría que el anciano se arrepintiera de haberles interrumpido. Sintió muchas ganas de golpearlo con fuerza en la cabeza. Avanzó al encuentro de Vasiliev. El agente vio entonces cómo su bastón cedía partiéndose en dos y Vasiliev se resbalaba hacia delante. En un acto reflejo, abrió los brazos para sujetarlo y evitar que se cayera al suelo. Pero Vasiliev no se había resbalado. Había separado su bastón en dos partes, desenfundado una daga y dejado caer la parte baja, que hacía las veces de funda. Fingió caer, emitiendo un grito de pánico para dar más veracidad a la escena, y al llegar a la altura de su objetivo, le clavó la daga con todas sus fuerzas en el vientre. Los veintitrés centímetros de la hoja de acero al carbono atravesaron el abrigo de lana sin dificultad y se hundieron en sus entrañas. Acto seguido, Vasiliev apretó una especie de gatillo que hizo que la hoja de la daga liberara con una fuerza enorme cuatro pequeñas cuchillas afiladas como bisturís, que en un movimiento semicircular seccionaron todos los órganos y tejidos que encontraron a su paso, antes de volver a replegarse en la daga. El agente quedó inconsciente, mientras Vasiliev lo agarraba por la solapa del abrigo, alterando la inercia de su peso en una

llave de judo, para lograr que el ruso cayera sobre él, y su compañero solo viera su espalda y él quedara protegido por el cuerpo. Confundido por un momento, sin saber lo que estaba ocurriendo, el ex KGB fue hacia ellos. Tal vez por instinto decidió sacar su pistola, aunque sin mucha convicción, mientras se acercaba a los dos cuerpos caídos. Vasiliev soltó la empuñadura de la daga y cogió una pequeña pistola modelo PSS. Se zafó del peso del agente al que acababa de apuñalar y apuntó entre los dos ojos al otro agente que terminaba de sacar su pistola. Leyó en él una expresión de horror mezclada con incredulidad. Todo ocurrió en un instante y el disparo apenas se escuchó. La PSS era una de las armas favoritas de Vasiliev: pequeña, manejable y silenciosa.

Sasha vio toda la escena como espectador y sintió euforia, además de desconcierto. Tal vez ese hombre era aún peor que los agentes del servicio secreto ruso, pero por el momento su actuación le permitía seguir respirando.

—Gracias —le dijo a Vasiliev. Su propia voz le sonó extraña. No recordaba que nadie hubiera hecho nunca algo importante por él. Vasiliev, todavía envuelto en sangre, recuperó la daga, la limpió con un pañuelo y reconstruyó su bastón.

—Demos una vuelta —le contestó volviéndose hacia el Lada Niva de color blanco, donde esperaban sus dos agentes con el motor arrancado.

Vasiliev y Sasha se subieron en los asientos de atrás. El agente Liu conducía y la agente Natasha ocupaba el asiento del copiloto.

Circularon en silencio hacia las afueras de la ciudad. Vasiliev se limpió la sangre y se quitó el abrigo. A través de la ventanilla, Sasha divisó una manada de renos que permanecían quietos, resguardados entre los árboles, no muy lejos de la carretera, y se preguntó cómo hubiera sido su vida si hubiera nacido en Occidente.

El coche se detuvo frente a un pequeño lago congelado. Sasha conocía aquel lugar, a unos diez kilómetros de la ciudad. Había estado por allí en un par de ocasiones.

Todos bajaron del coche. Natasha y Liu abrieron el maletero y cogieron una cuerda, cinta americana y unas pesas de plomo.

Vasiliev se adelantó adentrándose en el lago helado, contando los pasos hasta detenerse en un punto concreto.

—Aquí —pareció indicar sin hablar, solo con su presencia.

Sasha pensó en su patética vida. Habría podido llegar a tanto, y al mismo tiempo no tenía nada; ya ni siquiera esperanza. Toda aquella inteligencia fuera de lo común no le había servido de nada; más bien le había hundido la vida.

Vasiliev sacó un artilugio metálico del bolsillo de su abrigo y comenzó a cortar el hielo con un láser. En pocos segundos había perforado un círculo del tamaño suficiente para que una persona pudiera caber sin problemas en posición vertical. Liu y Natasha retiraron el fragmento de hielo con ayuda de un metal, como si fuera el tapón de una bañera, y el agua se quedó al descubierto. Estaba muy oscura e impresionaba el contraste con el blanco de la nieve y el hielo.

Acto seguido comenzaron a amordazar a Sasha, que ya sabía la suerte que le esperaba. Atado de pies y manos, con pesos adheridos a su cuerpo, iba a emprender un viaje de no retorno al fondo de aquel insignificante lago que ni siquiera tenía un nombre conocido.

—Sasha —comenzó a decir Vasiliev—, es tu última oportunidad. Ya has visto lo que les ha ocurrido a esos agentes. Únete a nosotros. Vivirás una vida cómoda y llena de lujos en Europa—. Sasha pensó por un momento en una vida alejada de sus principios y sin libertad, y ni siquiera contestó. Solo miró hacia abajo, hacia el abismo, aceptando su destino.

Vasiliev comprobó la cara de tristeza de sus agentes.

—Bien, no prolonguemos más esta situación —ordenó.

—¿Le tapamos la boca y la nariz? —preguntó Natasha.

—No es necesario —contestó Vasiliev. Los dos agentes cogieron del brazo a Sasha para arrastrarle hasta el agujero. El chico se volvió para mirar a Vasiliev.

—Sois la peor mierda —pronunció sin levantar la voz pero con un tono que transmitía un desprecio absoluto.

—Lo siento, hijo —le contestó Vasiliev.

Sasha sintió el último empujón que le introdujo en el abismo helado. El agua y la rabia le destrozaban las entrañas, pero no se permitió gritar. Sintió que caía hacia el fondo a una velocidad lenta pero implacable, y se propuso ser consciente de sus últimos instantes de vida. Abrió los ojos, pero no vio nada. Estaba demasiado oscuro. Entonces contuvo la respiración todo el tiempo que pudo.

Mientras, en la superficie, los agentes de Vasiliev volvieron a colocar la tapadera de hielo.

—¿Lo sellamos? —preguntó Liu.

—No hace falta. El frío de la noche lo hará por nosotros —les dijo Vasiliev.

—Pobre chico. Qué desperdicio —se lamentó Natasha—. Tanto orgullo, ¿para qué?

—Ya sabéis que la vida es especialmente injusta en lugares como este. Aquí lo único que uno puede conservar es la dignidad —afirmó Vasiliev, contemplando el cielo. Después miró fijamente a sus agentes, uno a uno.

—Una pena —dijo Liu, agachando la cabeza.

—Tomaos la noche libre. Os vendrá bien. Yo voy a dar un paseo, lo necesito —advirtió Vasiliev con voz afectada.

Los dos agentes se miraron con complicidad, calibrando la oportunidad de pasar un rato agradable y olvidar la misión.

—Pero... está anocheciendo. ¿Cómo va a volver?

—Un amigo de la infancia vive en una cabaña al otro lado del lago y he quedado en visitarle. Él me acercará hasta la ciudad, o tal vez bebamos hasta el amanecer. Tenemos mucho que contarnos.

Ambos agentes asintieron y caminaron hacia el coche, deseando también poder olvidar todo lo sucedido con ayuda de una botella de *vodka*.

Vasiliev reconoció las aristas del hielo de su vaso y volvió a sentirse presente en aquel salón, frente a sus compañeros en el consejo.

—Y eso fue todo —terminó por decir—. Me hubiera gustado poder traer otras noticias—. Los miembros del consejo se miraron entre ellos. Jorge Campos ablandó su gesto. Vasiliev lo notó.

—No te preocupes, viejo amigo —le dijo Jorge Campos—. Sabíamos por los informes que era un caso perdido. Así que hiciste lo correcto. Lo intentaste. No se podía hacer nada más. Si el chico hubiera caído en manos del servicio secreto ruso sí estaríamos hablando de un problema—. Todos animaron a Vasiliev. Él dio un último trago a su *whisky*. El hielo quedó completamente desprotegido y, sonriendo por dentro, recordó con satisfacción todo lo que no les había contado a sus compañeros.

Siberia, dos días antes

Sasha apuró sus últimos instantes; tarde o temprano, la falta de oxígeno le obligaría a abrir la boca, y ese sería su final. Esperaba chocar contra el fondo del lago en cualquier momento, pero

en vez de eso sintió como si algo lo agarrara hasta frenarlo. Después, notó un contacto extraño en la cara, como si un pulpo se posara sobre su boca. Pronto se percató de lo absurdo de su pensamiento. Sintió entonces cómo algo sólido penetraba en sus oídos, como cuando se introducía los auriculares de su Walkman para escuchar música. Acto seguido fue notando un contacto en el pecho, en la espalda y en las piernas, y un calor inexplicable.

—Tranquilo, Sasha —. Una grabación sonó a través de los auriculares. Era la voz de Vasiliev. —No vas a morir. A veces la vida te obsequia con una oportunidad inesperada—. Sasha no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Estaba tocando fondo de la peor manera que uno pudiera imaginar, y una grabación imposible le regalaba la mayor de las esperanzas. ¿Sería su propia mente eludiendo su terrible realidad la que habría fabricado aquella escena? Probó a respirar, y en ese momento se dio cuenta de que la grabación iba en serio.

Un par de minutos después de que el coche con sus agentes se perdiera en el horizonte, Vasiliev miró la hora. Sasha ya llevaba más de cinco minutos bajo el agua. Otro vehículo se aproximó al lugar. Una mujer aparcó al borde del lago y corrió hacia Vasiliev. Sin mediar palabra, entre los dos retiraron la tapa de hielo y la mujer hizo señales hacia el fondo del lago con una linterna. Al poco tiempo, la cabeza de Sasha salió del agua. Le ayudaron a subir a la superficie y le retiraron el respirador. Tenía la ropa encharcada, tiritaba y la piel de su cara estaba completamente roja, como si le hubieran intentado cocinar en agua hirviendo.

—Estás a salvo —le dijo Vasiliev. Sasha se moría de frío, y le costaba un gran esfuerzo entenderle.

—Suerte que Erik le puso los calentadores —comentó la mujer.

Mientras tanto, un buzo salió por sus propios medios del agujero, protegido con un traje de neopreno de color negro.

—¿Todo bien, Erik? —le preguntó Vasiliev. Había pasado mucho tiempo bajo el agua helada.

—Muy bien. Este traje es una maravilla. ¿Cómo dijiste que se llamaba el material que recubre el neopreno?

—No lo dije. Es un material nuevo, inventado por nosotros. Está hecho a partir de carbono puro, como el diamante —Erik asintió—. Id al coche a secaros y a cambiaros de ropa.

Vasiliev se acercó a la mujer y le dio un abrazo.

—¡Cuánto tiempo, Ana! Hace ya casi un año que no nos veíamos. ¿Cómo está Antonio? ¿Y los niños? ¿Cómo va el pequeño Ángel? ¿Y Clara?

—Estamos muy bien. Ángel ha empezado a estudiar violín, y le encanta. Clara no para de devorar libros. Antonio te envía recuerdos. Lástima que solo nos veamos en estas ocasiones — Vasiliev asintió, pensando que tenía ganas de ver a Antonio y a los niños.

—No hay tregua. El deber siempre manda; es lo que nos toca —contestó. —Vamos a ver ahora —añadió mirando hacia el coche. —A ver si el chico responde. Si no...

—Ya... —contestó ella, con preocupación.

Vasiliev y Ana volvieron al vehículo, que también era un Lada Niva, pero de color negro. Vasiliev se sentó en el asiento del copiloto y abrió la guantera. Sacó unos documentos y se giró hacia atrás.

—Bueno, Ígor, es el momento de decidir. Poca gente puede presumir de que la vida le dé otra oportunidad como hoy te la está dando a ti.

—No me llamo Ígor —contestó él lleno de indiferencia, pensando que no iba a deberle nada a nadie, y mucho menos a aquel desconocido.

—A partir de hoy sí —Vasiliev estiró su brazo ofreciéndole unos documentos. Sasha los

cogió y vio que entre ellos había un pasaporte. —Si tú quieres, viajarás a California, a estudiar en la universidad de Stanford con una beca, y podrás empezar de cero. ¿No es eso lo que siempre deseaste? —Sasha no se atrevió a abrir el pasaporte porque todo le sonaba demasiado bien para ser verdad, y aunque él no era consciente, estaba muy acostumbrado a sabotear las oportunidades de ser feliz cuando estas rara vez llamaban a su puerta. Vasiliev empezó a visualizar que seguramente iba a tener que matarle, y decidió que lo haría sin que el chico se diera cuenta, sin que sufriera.

—No voy a deberle nada a nadie. Y me llamo Sasha —dijo con tono firme, frunciendo el ceño, pero mirándole a los ojos. —Así que puede volver a arrojarme por ese agujero cuando quiera.

Vasiliev vio como Sasha se crispaba y creyó entender lo que el chico necesitaba. Estaba seguro de haber encontrado su vulnerabilidad, su punto débil.

—Nunca te pediré hacer nada que tú no quieras hacer. Vas a ser libre —le dijo con tono cariñoso, como si fuera su hijo.

Sasha miró por la ventana. Era ya de noche, y el tiempo se detuvo mientras observaba cada detalle de la inmensidad del cielo estrellado, como si fuera la última vez que lo fuera a contemplar. Entonces sintió que se relajaba y comprobó cómo sus pensamientos se recolocaban y su furia se desvanecía. Miró de nuevo el pasaporte.

—¿Ígor qué más? —dijo ojeando el documento, soñando despierto con un futuro en libertad.

AGRADECIMIENTOS



Me gustaría dar las gracias a **Teresa Franesqui, Beatriz Macías Burgueño, y Jacqueline Arias** por leer con tanta dedicación este relato y ayudarme a mejorar el texto.

También quería agradecer a **Germán Bielefeldt**, ajedrecista y autor de varias novelas donde el ajedrez es protagonista, sus consejos y aportaciones.

Estimado/a lector/a,

Gracias por leer este relato. Me encantaría conocer tus impresiones sobre su lectura. Puedes escribir una reseña en **Goodreads** o en **Amazon**, y estar en contacto conmigo, para estar al día de todas mis novedades literarias en:



www.danielportillonovela.com



www.instagram.com/danielportillonovela



www.facebook.com/DanielPortilloEscritor



www.goodreads.com/danielportillo